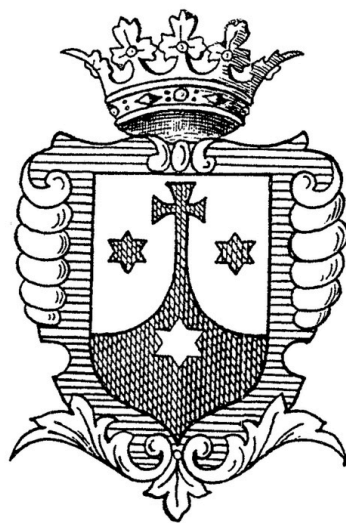


# Bajo el manto del Carmen, tejedores de esperanza

Mensaje del superior provincial para la  
Familia del Carmelo en la festividad de la  
Virgen del Carmen



CARMELITAS DESCALZOS · PROVINCIA IBÉRICA  
SANTA TERESA DE JESÚS

J. M. † J. T.

**Frailes Carmelitas Descalzos**  
**Carmelitas Descalzas**  
**Carmelo Seglar**  
**Familia del Carmelo Teresiano en la Provincia**

**Hermanos, hermanas:**

**¡Os saludo con la alegría de la esperanza que no defrauda!**

**¡La alegría que nace del Corazón de Jesús!**

*Con la misma fe de María, convirtámonos en tejedores de esperanza en nuestro mundo, compartiendo lo que somos y lo que tenemos, para que la presencia de Jesús crezca entre nosotros y su Reino tome forma (León XIV, Magnífica Humanitas, 245).*

Nuestro Padre San Juan de la Cruz nos dejó como herencia una sentencia breve que hoy resuena con fuerza renovada: «La esperanza tanto alcanza cuanto espera». No es casualidad que esta frase se haya convertido en lema del Año Jubilar que el Carmelo Teresiano celebra en su honor, recordando el tercer centenario de su canonización (1726-2026) y el primer centenario de su proclamación como Doctor de la Iglesia, acontecida el 24 de agosto de 1926. Como si el Jubileo de la Esperanza, que la Iglesia universal ha vivido recientemente, encontrara en nuestro Santo un eco natural: la esperanza cristiana no es un sentimiento vago, sino una certeza que se mide por la entrega de quien la sostiene.

Llegamos al final de otro curso, después de meses de trabajo pastoral, estudio, intensa vida de comunidad, trabajo en diferentes ámbitos, en medio de una sociedad tantas veces convulsa y no exenta de grandes y pequeños problemas. Una sociedad en la que nuestro Santo Padre el Papa León XIV – cuya visita a España ha estado tan colmada de profundas emociones – nos llama a ser «ciudadanos que cultiven la responsabilidad, la sobriedad, el discernimiento y el sentido de la verdad» (MH 181). Quiero, antes que nada, dar gracias a Dios por cada uno de vosotros: laicos comprometidos, que vivís el carisma teresiano en medio de las vicisitudes de la vida social y familiar; religiosos entregados a tareas pastorales, espirituales y formativas; religiosas cuya vida de oración y

donación generosa, marcada por el trabajo y la reflexión que tan hermosos frutos produce, por ser hija de la *mística teología*, encarnáis en estos nuestros días el sueño de la Madre Teresa. A todos, gracias.

Antes de entrar en lo que este verano nos trae, me gustaría detenerme en un dato que une de manera entrañable las dos devociones que recorreremos en esta carta: la del Carmen y la de nuestro Padre San Juan de la Cruz. La tradición carmelitana ha conservado el recuerdo de que la protección de la Virgen acompañó a Juan de Yepes desde niño, en su Fontiveros natal — hoy, providencialmente, uno de los lugares jubilares del Año Sanjuanista—, donde según refieren sus primeros biógrafos una caída en las aguas estuvo a punto de costarle la vida. No es extraño, pues, que quien llevó toda su existencia el título de «Hermano de la Bienaventurada Virgen María» escribiera de Ella, en la Subida del Monte Carmelo, que su alma estuvo siempre «movidada por el Espíritu Santo», haciendo de su entera vida un eco perfecto del Magnificat, una oración preñada de esperanza que deberíamos traer, con frecuencia no solo litúrgica, a nuestros labios y a nuestro corazón, como nos recuerda el Papa León, de nuevo, en Magnifica Humanistas (cf. MH 243-245). Devoción mariana y doctrina sanjuanista no son, para nosotros, dos asignaturas distintas, sino una sola escuela de vida espiritual.

Este verano se sitúa, para nosotros, por tanto, bajo el signo de los centenarios sanjuanistas. No es un dato erudito o celebrativo más: es una invitación providencial a volver a las fuentes de nuestro carisma. Cuando en 1926 Pío XI declaró Doctor de la Iglesia al «Doctor místico», reconoció oficialmente lo que la experiencia de generaciones de creyentes ya sabía: que la doctrina de la noche, de la purificación y de la unión transformante no es una rareza espiritual reservada a unos pocos, sino un mapa fiable para cualquier alma que busque a Dios. Cien años después, este aniversario nos interpela de modo particular. Os invito a vivir este Año Jubilar no solo como conmemoración, sino como ocasión para releer al Santo —en la oración personal, en los trabajos de investigación, en vuestras casas, conventos y monasterios— con ojos nuevos, dejándonos enseñar de nuevo por quien supo decir, con una sola palabra, lo que tantas bibliotecas no alcanzan a explicar.

Y precisamente este centenario se entrelaza, este año, con otra fecha que toca muy de cerca al corazón carmelitano: en 2026 se cumplen también 775 años de la entrega del Santo Escapulario, tradicionalmente fechada en 1251, el mismo día en que la Iglesia celebra a Nuestra Señora del Carmen. La Virgen, Decoro del Carmelo, Estrella del Mar, Madre y Reina de la Orden, ha acompañado siempre a los hijos de Elías como signo de protección y de pertenencia. Santa Teresa, que vivía la devoción mariana como algo entrañablemente propio, pedía a sus monjas que se «parecieran en alguna cosita» a esta Señora cuyo hábito llevaban. Que la fiesta del 16 de julio sea, también para nosotros, ocasión de renovar ese sentido de familia: somos, antes que nada, una familia que comparte un mismo hábito, una misma tradición y un mismo patrimonio espiritual, como tan bellamente recuerdan los textos primitivos de la Orden.

La beata Ana de San Bartolomé, cuyo centenario celebramos también en estas fechas, vivió una profunda devoción a la Virgen María, característica de la espiritualidad carmelitana recibida de santa Teresa de Jesús. Para ella, María era ante todo una Madre cercana, protectora y guía segura en el camino hacia Dios. En los momentos de dificultad, enfermedad o incertidumbre, acudía a la Virgen con una confianza filial, convencida de su constante intercesión y amparo.

Su amor a María no se reducía a prácticas externas, sino que se expresaba principalmente en el deseo de imitar sus virtudes: la humildad, la obediencia, el silencio interior y la total disponibilidad a la voluntad de Dios. Ana contemplaba a la Virgen como modelo de vida contemplativa y como compañera de quienes buscan una unión más profunda con Cristo.

Toda su devoción mariana estaba profundamente centrada en Jesús: María ocupaba un lugar privilegiado en su vida precisamente porque la conducía siempre hacia su Hijo. Por ello, la experiencia espiritual de Ana de San Bartolomé nos presenta una devoción mariana sencilla, afectuosa y profundamente cristocéntrica, en la que la Virgen aparece como Madre, Maestra y Camino seguro hacia Dios.

Llega ahora, con julio, el tiempo del descanso. No quiero dejar de recordar, en este contexto, que la familia franciscana celebra 800

años de la muerte de Francisco de Asís. Sin duda, el “poverello” puede ayudarnos a orientar nuestro descanso como búsqueda y contemplación de la belleza de la creación, reconociendo en todas las cosas la bondad de Dios. Para el Santo de Asís, el verdadero reposo no consistía simplemente en dejar las ocupaciones habituales, sino en recuperar una mirada agradecida sobre la vida, capaz de admirarse ante los dones recibidos y de alabar al Creador por ellos. Casi podríamos imaginar a san Francisco de Asís recordándonos que las vacaciones no son solo un tiempo para interrumpir el trabajo, sino para volver a descubrir la belleza de la vida recibida de Dios. Descansar es aprender de nuevo a contemplar: el cielo, la naturaleza, la comunidad, los amigos, la familia, el silencio. Es dejar de correr para reconocer que todo es don. Quien sabe agradecer, descansa; y quien descansa en Dios, vuelve renovado a sus tareas.

En este tiempo necesario para la salud del cuerpo y del espíritu, recordamos que la tradición monástica hablaba de «vacar a solas con el Señor»: ese estar libres, disponibles, sin otra ocupación que la de dejarse mirar por Dios. El propio Papa León XIV, al despedirse de los fieles antes de su primer descanso veraniego, deseaba a todos poder «disfrutar de unas vacaciones para recuperarse en cuerpo y espíritu». Que sea también ese mi deseo para cada uno de vosotros: que el verano no sea solo paréntesis entre dos cursos, sino tiempo de recuperar el aliento, de estar con los que se quiere —la familia de sangre y la religiosa, los amigos verdaderos—, y de dejar que el alma, como decía nuestro Padre San Juan de la Cruz de la noche dichosa, encuentre «su casa ya sosegada».

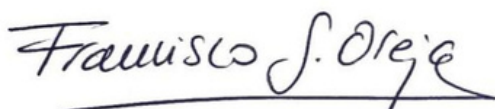
Por su parte, Nuestra Madre Santa Teresa, tan realista y profundamente humana, nos enseñó a servir a Dios con todo nuestro ser, sin olvidar nuestras limitaciones. Ella sabía que el cuerpo es compañero del alma y que el equilibrio forma parte de una vida espiritual sana. Por eso, seguramente nos invitaría a vivir este tiempo con sencillez, alegría y libertad interior.

«Descansad cuanto os sea menester, que no quiere Dios que os quebréis; mas no olvidéis que en cualquier lugar se puede amar, servir y hallar al Señor. Procurad que el descanso os haga más agradecidos, más alegres y más dispuestos para el bien». Casi creeríamos dichas por la Santa estas palabras, ¿verdad?: No, no las dijo ella, pero bien podrían encontrarse en alguna de sus cartas

perdidas.

Termino con un deseo y una certeza. El deseo: que estas semanas de descanso os devuelvan renovados, con ganas de comenzar el curso 2026-2027, que se presenta tan cargado de sentido por las conmemoraciones que nos seguirán acompañando. La certeza: que la Virgen del Carmen y nuestro Padre San Juan de la Cruz, en este año que tanto les pertenece, interceden por cada uno de vosotros, por vuestras comunidades y por vuestras familias. Que la esperanza que no defrauda sea vuestra compañía en estos meses, y que este tiempo de descanso nos ayude a volver a nuestras tareas renovados por dentro, con mayor paz, más alegría y un corazón más disponible para Dios y para los demás.

**¡Feliz fiesta de la Virgen del Carmen, y feliz verano para todos!**



Fr. Francisco Sánchez Oreja O. C. D.  
*Superior Provincial. Carmelitas Descalzos*

24 de junio de 2026  
Natividad de San Juan Bautista

